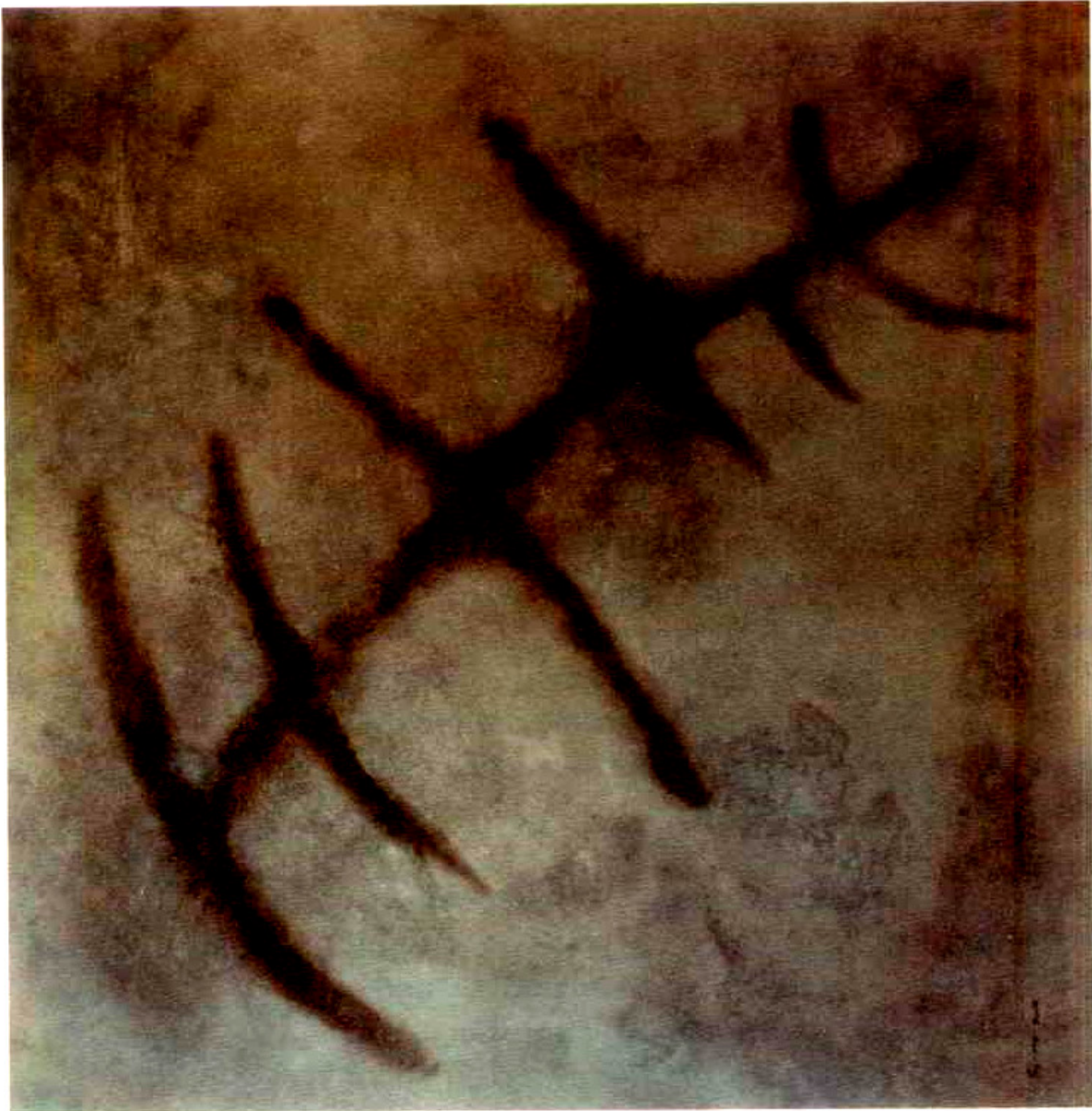


Estudios



Hernando Mejía Urrutia. S/T,
Técnica: Mixta sobre tela 145cms x 145 cms,
Año: 2000.

Humboldt

y la occidentalización de América

Una vida de Humboldt

Universalismo y cultura occidental

En virtud de la influencia determinante que la cultura occidental ha tenido sobre el resto del mundo, desde los tiempos de Hegel y su *Filosofía de la Historia* (1830-1831) se ha hecho manifiesta una cierta identificación entre la historia europea y la historia mundial. El medio justificador de este universalismo ha sido el discurso cultural: Aquella carga de sentidos elaborada desde Europa que le permitió poner en contacto a regiones y culturas a través de los procesos de exploración geográfica, descubrimiento, conquista y colonización. Así Asia ingresaría a esta historia mundial a través de los viajes del italiano Marco Polo (1271)¹, mientras que América, por su parte, lo haría en 1492 gracias a la aventura de otro italiano apoyado por la monarquía católica de España, Cristóbal Colón.

De manera que la articulación de estas regiones, que habían vivido aisladas, a lo universal se habría dado en lo inmediato a través de los valores de la cultura occidental: lengua, instituciones, religión, maneras, usos y costumbres. La cultura era definida según la escala europea de valores, es decir, según la de los conquistadores que era la escala dominante. Y si a esto añadimos que a tales valores se les atribuyó un carácter universal, encontramos que las expresiones culturales de los dominados fueron inevitablemente consideradas como “exóticas”

y “marginales”. Actitud semejante ha podido variar en la forma pero no en el fondo de la historia de las llamadas “culturas subalternas”. En el caso de lo americano, Pablo Neruda escribió, con palabras que se confunden con notas musicales, ese tránsito de la cultura pre-americana a la que un día se llamaría cultura del Nuevo Mundo donde lo activo, lo formador, lo determinante, lo dominante sería lo europeo:

“Antes de la peluca y la casaca
fueron los ríos, ríos arteriales:
fueron las cordilleras, en cuya onda rápida
el cóndor o la nieve parecían inmóviles:
fue la humedad y la espesura, el trueno
sin nombre todavía, las pampas planetarias.
El hombre tierra fue, vasija, párpado
del barro trémulo, forma de la arcilla,
fue cántaro caribe, piedra chibcha,
copa imperial o sílice aracuana.
(...)
Nadie pudo
recordarlas después: el viento
las olvidó, el idioma del agua
fue enterrado, las claves se perdieron,
o se inundaron de silencio o sangre.”

El problema que queremos plantear en este artículo no es un problema epistemológico. Tampoco se trata de problemas axiológicos o praxeológicos, en tanto una proyección de los alegatos que en diversos momentos de la historia americana se han hecho, sea para acentuar los rasgos diferenciadores respecto a la cultura europea, sea con el propósito de hacer prevalecer la especificidad subyacente a todo intento de autonomía nacional. Se trata más bien de examinar cómo en ese enorme tránsito del siglo XVIII al siglo XIX —una vez “la peluca y la casaca” habían logrado imponerse colonialmente sobre las culturas originales— se trajeron a América, a través de los llamados “viajeros científicos”, las grandes herramientas de la occidentalización de la mentalidad americana: la razón, la ciencia y la técnica. Y cómo el barón y científico alemán Alexander von Humboldt (1769-1859) contribuyó especialmente a través de su expedición “equinoccial” a esta occidentalización de América. Se fue formando, entonces, desde antes de las Independencias, una mentalidad que privilegiaba el “eurocentrismo” y que buscaba expresarse de manera distinta a como había sido la expresión americana desde el siglo XV a la primera mitad del siglo XVIII. Esta occidentalización aligeraría el olvido de las culturas originarias, y “nadie pudo recordarlas después...”, según las mágicas palabras de Neruda.

Los discursos de fondo de la expresión americana

Al observar el desarrollo del pensamiento hispanoamericano y de sus formaciones discursivas es posible comprobar la existencia de actitudes o posturas fundamentales que determinan la interpretación de la realidad social, la fijación de metas y el despliegue de programas de acción. Si se examina con ánimo de comprender el sustrato básico de la realidad americana a través del prisma que ofrecen disciplinas como la historia de las ideas, su devenir político, la creatividad artística o la historia de sus mentalidades es posible discernir tres grandes discursos de fondo sobre los cuales se ha desarrollado el pensamiento, las actitudes y la mentalidad del hombre americano.

Según el filósofo y pensador venezolano José Manuel Briceño Guerrero estos discursos son: "*El discurso cristiano-hispánico o discurso mantuano*", afirmado en lo espiritual por la comunicación con los valores divinos a través de la religión cristiana y de su santa Iglesia; y en lo material, por un sistema de jerarquías y privilegios engendrados a lo largo de la vida colonial. "*El discurso europeo-segundo*", estimulado por el auge teórico de la filosofía de la Ilustración desde fines del siglo XVIII, del pensamiento racional y de la ciencia y técnicas modernas. Y el "*discurso salvaje*" donde se expresa esa herida producida en las culturas pre-americanas por su derrota en manos de los conquistadores "y en las culturas africanas por el pasivo traslado a América en esclavitud, albacea también de los resentimientos producidos en los pardos por la relegación a larguísimo plazo de sus anhelos de superación". Estos discursos van a urdir el tejido de la condición americana y de su expresión en todos los campos; serán condición de posibilidad de ese ser Europa en expansión, de ser ese *nos-otros* donde todavía latén pulsaciones de extrañez en relación a lo europeo.³

Paralelo al desarrollo de estos discursos es posible también hacer referencia a las raíces de una identidad colonial americana. Los elementos que permitirían hablar de la noción de una "identidad colonial" en América reemplazaría la visión tradicional que hace énfasis en la era independentista como período formativo de la identidad y conciencia americanas. Aún cuando incipiente, este "sentido de identidad colonial" se constituiría en torno a cinco puntos: 1- Sentido del lugar; 2- Identificación de objetivos; 3- Insistencia en patrones; 4- Sentido de historia; 5- Pérdida de identificación con el Imperio⁴. A la luz de estos elementos comenzaré por explorar sumariamente algunas expresiones coloniales que formarían, dentro del área de atención de

nuestro trabajo, las condiciones para la europeización de América.

La expresión americana en los últimos días coloniales

En numerosas páginas de la literatura colonial comenzaba ya a perfilarse y expresarse con coherencia una expresión americana donde el discurso mantuano y el discurso salvaje se interpenetran y obstaculizan mutuamente; se preparaban los primeros trazos de una nueva conciencia histórica generadora de articulaciones entre la política y la cultura. Al americanismo, expresado en su planos político y cultural, tal como puede reconocerse a través de los textos, siempre le ha distinguido la necesidad de proponer nuevas lógicas y nuevas significaciones a la expresión del hombre americano que han permitido, de alguna manera, resolver los dilemas de su entidad cultural frente a la cultura europea — la transformación de Europa en América — los dilemas del rol político americano frente a aquellos discursos (el europeo segundo y el cristiano-hispánico) que desde las Metrópolis gobiernan —consciente o inconscientemente— su pensamiento. Las modalidades se articulan con bastante claridad en la práctica social de la literatura y la política. La preparación y el crecimiento del americanismo puede ser pensado, al menos, de dos maneras: 1- Como un apego creciente a la naturaleza y a la realidad social del Nuevo Mundo, por parte del hombre americano, cada quien fundamentando su propia localidad y sentido de lo nacional; 2- Como el inicio de un amplio sentimiento continental de pertenencia e identificación, de defensa de este hombre americano, y al mismo tiempo de independencia y diferenciación con las Metrópolis.

Los tonos y las gamas de este americanismo serán ascendentes en algunos de los escritos de los últimos cincuenta años del siglo XVIII. Sin embargo, conviene precisar que si bien durante este tiempo pueden rastrearse manifestaciones indirectas y sutiles del americanismo, su sentido no será minuciosamente elaborado y menos aún definido abiertamente mediante declaraciones que pretendan ya, desde tan temprano, una independencia cultural. Los escritores de esta época produjeron, para expresar y fundamentar su naciente conciencia e identidad americana, una abundante literatura descriptiva y crítica inspirada en América; en la que se funden una sutil propaganda contra el español y la curiosidad científica que la razón segunda comenzaba a exhibir en la época. Pero será posteriormente cuando esta curiosidad se convierta en el principal elemento de occidentalización de América. No obstante, el americanismo anda de manera fragmentaria en casi todos las

capitales de América; salta de las contadas publicaciones de la época (“*Gaceta de México*”, 1728 o periódicos de calidad tan singular como “*El Mercurio Peruano*”⁶) a las tertulias conspirativas donde el criollo se entrega al placer de la más estética e insurgente conversación.

La nota bucólica está presente en el apego a “*lo maravilloso americano*” que ha sido su naturaleza, y a su descripción. Destaca, por ejemplo, en este tiempo el cubano Manuel de Zequeira y Arango (1764-1846) quien no sólo escribió, como era costumbre, poemas didácticos, heroicos y satíricos, sino que también cantó las dulzuras del trópico a través de su oda “*A la Piña*”. Estableciendo un parangón con la mitología, compone una especie de biografía fantástica de la piña, desde que nace hasta que la llevan al Olimpo, donde triunfa y es celebrada por los dioses. Este juego literario adquiere emoción criolla y americana cuando el escritor se enorgullece de la aromática fruta, “*Pompa de mi patria*”, y de la naturaleza que la engendra, “*las delicias todas que la natura en sus talleres labra*”⁷. En México, Fray Manuel de Navarrete (1768-1809), además de su refinamiento en la cultura clásica latina, en Horacio, Virgilio, Ovidio, Marcial, y aun en los griegos, fue uno de los mejores poetas de los paisajes mexicanos. En sus versos combina místicamente la suave poesía pastoril, “*El Todopoderoso dice a las aves, al dejar sus nidos/ , que vuelen en bandadas/ a los anchos y fértiles ejidos*” (p. 185).

Otro poeta, guatemalteco con formación mexicana, de singular capacidad expresiva de la naturaleza americana, es el jesuita Rafael Landívar (1731-1793). Su *Rusticatio Mexicana*, escrito en latín, es una de las grandes obras precursoras del “nativismo literario”; al mismo tiempo que idealizadora de la naturaleza y vida rural americanas, aspectos que seguirán siendo cantados décadas más tarde en la poética de Andrés Bello. El poema de Landívar ofrece los más variados motivos del paisaje natural, mostrando los aspectos sociales de un criollismo futuro; con su extraña nota de ser un criollismo expresado en latín. Picón Salas anota en relación al *Rusticatio*: “era casi el primer gran cuadro poético de las gentes y comarcas de los climas ecuatoriales con su alternancia de tierras altas y tierras bajas, sus rebaños, sus haciendas y labriegos, las coloreadas fiestas campesinas, el idioma y costumbre que uniformaban este mundo indiano desde el Virreinato de México hasta el Virreinato del Perú”.⁷

El espíritu de un más amplio sentimiento continental combinado con la sátira social anti-española también se advierte con claridad en

la cultura colonial de fines del siglo XVIII. Las burlas mestizas de quien en Perú firmaba con el curioso alias de "Concolorcorvo"⁸, recogidas en su "*Lazarillo de ciegos caminantes*" (1773), expresan al mismo tiempo que una vivísima descripción del paisaje social, en el viaje que el autor hace de Montevideo a Lima, una simpatía por el hombre criollo educado. Aquel que precisamente tomó las riendas del movimiento independentista. Además de que el tono picaresco y el ritmo de la acción contenían una aguda crítica al poder de la Iglesia: "Yo me hallo de ánimo de pretender la plaza de perrero de la catedral del Cuzco para gozar inmunidad eclesiástica" (p. 159).

De manera que estas tempranas expresiones de la formación de una conciencia (el reflejo de la naturaleza, la sátira de carácter social, la exaltación de la figura del mestizo) van modelando una lógica y un sentido al discurso americanista, cuya expresión más elaborada en términos de un proyecto de civilización sólo se hará visible más tarde. El criollismo de otro clérigo, el mexicano Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827), quien a través de sus sermones voluntariamente polémicos, mostrándose descontento no tanto de la Iglesia sino de la propia España, resaltaba la rivalidad entre españoles americanos y españoles peninsulares. En sus escritos (i.e., "*Carta de un Americano*", 1811-1812) se expresaba el resentimiento por la injusticia del favoritismo del gobierno respecto a los últimos. Pero, además, contenía una crítica al principio de la igualdad legado por los franceses, quienes habían deducido que ahorcándose entre ellos se llegaba a una "situación de igualdad en el sepulcro, único lugar donde todos somos iguales"⁹. Este tipo de críticas como la de fray Servando recuerdan, *mutatis mutandis*, los escritos del ecuatoriano Espejo acusando a la educación colonial de ser "una educación de esclavos"¹⁰. También son expresión de esta conciencia en germinación, interpenetración de los tres discursos de fondo, reflejo de problemas sociales y políticos suscitados en la entraña misma de la realidad colonial, aquellas traducciones interesadamente políticas de las obras más notables del discurso europeo segundo. A la traducción del *Contrato Social*, por Miguel Moreno, realizada poco después de la instalación de la Junta de Gobierno que él mismo inspirara, agreguemos la del colombiano Antonio Nariño (1765-1823) quien tradujo al español la "*Déclaration des droits de l'homme et du citoyen*" de 1784, la hizo imprimir secretamente (1794) en su propia imprenta manual, distribuyéndola luego hasta las más remotas ciudades del Virreinato de la Nueva Granada. En fin, todos estos ejemplos de expresión americana en las postrimerías de la colonia, llenos de matices locales y de peligrosas in-

cógnitas, manifiestan una conciencia en el criollo ilustrado de su valor creciente y de la unidad de una América que comienza a exigir, aunque hija de España, su propia especificidad política y cultural. A esto contribuiría decididamente otra expresión de origen europeo: Los relatos de los viajeros y naturalistas.

Curiosidad científica y hegemonía cultural

Los inventarios realizados bajo el influjo de la curiosidad científica de la Europa segunda sobre la geografía y la naturaleza americana arrojaron una "nueva luz de América", al mismo tiempo que serían "prímicia" entusiasta de cultura y forja de nuevos caminos. Pero también los testimonios recogidos sucesivamente por europeos fueron modelando las imágenes que Europa se haría de América. Desde el "*Orinoco Ilustrado*" (1741) del Jesuita José Gumilla, obra pionera en cuanto al estudio de la flora y la fauna, el clima y la etnografía de la región guayanesa, hasta las descripciones posteriores contenidas en la relación de viajes de La Condamine (1735), Bougainville (1768), Depons (1806-25), de Dauxion-Lavaysse o de Humboldt y Bonpland (1799-1804), se contribuyó a construir una visión de la vida americana no sólo desde la geografía o la naturaleza sino también desde la sociología, la política y la economía de aquellas sociedades remotas. La Europa segunda hacía, a través de la abundante literatura de viajes, un inventario de la mayor importancia para comprender y expresar mejor a América, pero también para occidentalizarla. Sus resultados siempre sedujeron al hombre americano porque le ayudaron a descubrir buena parte de sus condiciones sociales y naturales a través de las renovadas visiones de la razón segunda. Del lado europeo la estructura discursiva de la historia natural tiene un gran impacto sobre la construcción de una nueva conciencia planetaria, hábilmente aprovechada por la Europa segunda para sus intenciones de incorporar espacio geo-gráfico y etno-gráfico no occidental al espacio cultural suyo. En este punto hay algo más que debemos examinar.

En una mezcla de deseos de la razón segunda de describir el "gran libro de la naturaleza" del Nuevo Mundo y de conveniencias comerciales y políticas, aquel enciclopedismo naturalista contribuyó a enseñar al hombre americano a conocerse y a conocer su mundo circundante. Esto a nivel de la superficie epidérmica del fenómeno. Pero al descender un tanto más hay que poner en claro que aquella literatura europea de viajes y descripciones, en tanto expresión de la Europa segunda,

de la cultura dominante, aquella de la razón y la técnica, surtía un efecto sobre la expresión americana que no pudo pasar desapercibido. Una de las actitudes presentes en la literatura europea de viajes a América es la que Germán Carrera Damas ha llamado “actitud humboldtiana ante lo americano”, definida por surgir de la necesidad de la ciencia europea de explicar a América, pero “sin detenerse a considerar cómo y cuánto podía esta última contribuir a la explicación de sí misma”; obligándole a utilizar el lenguaje “occidental” para hacerse comprensible y, sobre todo, para ser aceptada en el contexto internacional. La explicación de sí misma sólo podría ocurrir en América sobre la base de observaciones y recuentos cuya validez científica se adquiriría “una vez que fuesen tamizados por la mente científica europea”.¹¹

El lenguaje y los métodos de la Europa segunda se expandían, a través de estos viajeros naturalistas, allende las fronteras geográficas del Viejo Mundo, y al explicar a América no hacían otra cosa que incorporar la explicación y su lenguaje a la cultura colonial: utilizar el lenguaje de la razón segunda para hacer comprensible América al propio hombre americano era parte de la misión expansiva de Europa, o visto desde su lado contrario, era parte de la condición de América como expansión de Europa. América se haría ininteligible sólo a través de los términos y el lenguaje de la ciencia europea. En consecuencia, América adopta el discurso europeo segundo (lenguaje y conceptos) no sólo para hacerse comprensible o para ser aceptada en el contexto internacional, como refiere Carrera Damas, sino que son los únicos instrumentos de que dispone para expresarse y explicarse a sí misma. El sistema colonial había dispuesto todo de manera que sólo un camino quedaba abierto para la expresión mental y la creatividad cultural americana: Europa. La colonización de América coincide con el surgimiento y desarrollo de la Europa segunda, pero no es sino desde finales del siglo XVIII cuando el discurso de la razón segunda, animado por sus resultados en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, es importado por América comenzando a influir directamente y en forma nada despreciable la expresión y la autoconciencia americanas. Briceño Guerrero describe la proporción de esta influencia, la proporción de la presencia de Europa en América, en términos que leídos con prejuicio podrían producir una convulsión estética: “la constituye, la cubre, le hace sombra, no la deja ver el cielo, pues le funge de cielo” (p. 164). Y serán en buena medida estos naturalistas y viajeros unos de sus agentes comerciales. Desde ese entonces este discurso es uno de los que gobiernan el pensamiento americano y, en consecuencia, su expresión.

Humboldt en América

*"El sabio más grande del siglo...
Fundador de la física general del
Globo terráqueo... El nuevo Aristóteles"*

*"El segundo descubridor de América"
(Inscripción conmemorativa)
(Moneda conmemorativa)*

Mejor conocida que la imagen que Linneo y los otros viajeros científicos dejan en América es la que luego se hace famosa con el Barón Alexander von Humboldt. Movido por las experiencias de Condamine y Bougainville, decidió dirigirse —con su asistente y amigo Aimé Bonpland— en lugar de al Africa a América. Y llega en un momento estelar de la historia de esta región, el último año del siglo XVIII, cuando se gestaban importantes cambios políticos, sociales y mentales. Si nos atenemos a aquellos símbolos que se conservan en su casa en los alrededores de Berlín, en adelante su identificación con América será casi absoluta: allí aparecen dos retratos suyos, el uno con una flor en la mano a orillas del Orinoco, en medio de la selva, y el otro, cerca de una choza indígena al pie del Chimborazo. Así, la tierra, las plantas, los minerales, la zoología y el hombre americano estuvieron en el primer plano de sus exploraciones¹². Las expectativas del naturalista no se hacían esperar. Desde el momento mismo de zarpar, escribe a un amigo: "¡Qué tesoro de observaciones voy a poder hacer para enriquecer mi trabajo sobre la construcción de la tierra!"¹³. Pero lo que importa a propósito de este ensayo es la influencia que el alemán tuviera sobre la consolidación del pensamiento occidental en América. Es cierto que Humboldt fue encontrando a su paso por las distintas ciudades americanas, Caracas, Santa Fe de Bogotá, Quito, Lima, La Habana, México, pequeños centros literarios y científicos muy activos, desde donde se remozaban y hacían válida la astronomía de los mayas, los aztecas y los incas. Participaban, además, en la construcción y dirección de observatorios, estudiaban las estrellas y predecían los eclipses: "conocí... a varios hombres distinguidos al igual por su afición al estudio, la apacibilidad de sus costumbres y la elevación de sus sentimientos"¹⁴. Humboldt no tardaría en reconocer en el vasto conjunto de las colonias españolas pueblos ya maduros para el desarrollo de su independencia política y el desarrollo del lenguaje y conocimiento científico, una de las bases —junto al desarrollo del comercio— de la expansión europea a lo largo y ancho del planeta.

El símbolo luminoso de la entrada de América a aquella hora afortunada de la historia espiritual de occidente fue, en particular, el gran

viaje americano de Humboldt en el que la Ilustración, el Romanticismo y la dominación capitalista hallaron su realización única y perfecta¹⁵. Pero, en general, los resultados de éste y demás viajes científicos fueron dos. Uno de carácter objetivo: la América tropical fue descubierta para la investigación científica. El otro de carácter político: los soberanos más distinguido de la ciencia europea habían estado en una relación de igualdad con los soberanos políticos americanos. De allí su decisiva influencia sobre estas regiones equinocciales. Las expresiones de la recepción y valoración de la importancia de estos viajes no se harían esperar. Incluso por parte de empedernidos americanistas, un peruano de su tiempo, Manuel Nicolás Corpancho, le llamará "El descubridor científico del Nuevo Mundo"¹⁶. Otro peruano de nuestro tiempo, Luis Alberto Sánchez, quien al hablar de una suerte de surgimiento inaugural relacionado con el despertar de una conciencia americana en la segunda mitad del siglo XVIII, la relaciona con el influjo del interés científico mostrado por los naturalistas europeos que visitaron el Continente: "cuya lección sería admirablemente aprovechada por la generación criolla que intervendría, luego, en el proceso de la emancipación política..."¹⁷. En su interpretación, Sánchez sólo ve una cara del asunto: el ejemplo dado por los científicos europeos que "despertó un afán de investigación" en tierras americanas: "Resonancia del paso de los sabios extranjeros había sido la aparición de la ciencia americana" (p. 98). Pero la otra cara aún quedaba sin develar: ¿cómo el discurso de la ciencia europea pasa a ser uno de los vectores que gobernarán el pensamiento americano en su período post-colonial? Dentro de la misma perspectiva, Picón Salas afirmará: "Para la América colonial aquellos viajes fueron especialmente valiosos no sólo porque precisan mejor el contenido de su geografía, sino porque traen, como reactivo para la nueva mentalidad, métodos y observaciones que enseñan al criollo a conocerse y a conocer su mundo circundante"¹⁸.

Uno de los horizontes que despeja Humboldt, a través del discurso europeo segundo, es el de la posibilidad del cambio social de forma deliberada, planificada por la razón segunda y esto se expresará a través de dos conceptos: modernidad y progreso. Al deslindarse de la escolástica colonial, el hombre americano reemplaza la muy religiosa idea de la "providencia" activa y comienza a creer en el "progreso" y en una abierta y conquistable utopía de "perfectibilidad" tal como se la transmite la Europa segunda durante todo el siglo XIX, primero a través de los ecos de la Ilustración y luego con el Positivismo. En el orden de las ideas, esta cultura de la razón segunda ayudó a América a salir

de la nebulosidad escolástica, afirmó el humanitarismo, la libertad, el aprendizaje siempre incompleto de la razón científica y los estudios de la naturaleza, de la historia y de la sociedad. Humboldt es consciente de este proceso. Considera que en América existen —preparando “un gran cambio en las ideas”— dos categorías de hombres: una, “poco numerosa, conserva una vieja adhesión a los antiguos usos, a la simplicidad en las costumbres, a la moderación en los deseos”, la otra, se ocupa “menos aún del presente que del porvenir, posee una inclinación, irreflexiva a menudo, por hábitos e ideas nuevas”¹⁹. De manera que en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, se anuncian los más fructíferos cambios en el pensamiento y la expresión de esas tierras meridionales que los naturalistas de la Europa segunda suponían inagotablemente ricas. Y uno de estos frutos se refería al complejo proceso de asimilación y adecuación de los códigos ideológicos de Europa. El discurso europeo segundo aportaba a América, por la vía de las ideas y los métodos, los instrumentos de su propia emancipación política y cultural, los cuales fueron adoptados y adaptados a sus propias circunstancias histórico-culturales. Las palabras con que Humboldt presagia “el porvenir de América” son decisivas: “Después de haber dejado yo las márgens del Orinoco y del Amazonas, una nueva era se prepara para el estado social de los pueblos de occidente. A los furores de las disensiones civiles sucedieron los beneficios de la paz, un más libre desenvolvimiento de las artes industriales”²⁰

América en Humboldt

La independencia precipitó la penetración de Europa. La idea de la Europa segunda se diferenció marcadamente de la idea de España. Esta se convirtió en el pasado, mientras aquella —reducida en términos prácticos a Francia e Inglaterra— fue el presente y el futuro. Superada la dominación del tradicionalismo conservador español, Europa representaba la libertad de conciencia, el pensamiento racional, la ciencia moderna, el desarrollo técnico, la libertad de comercio. La adopción de su lenguaje y de sus códigos se arraigó, en consecuencia, entre las élites criollas.

Luego de la independencia política, ¿cómo se ubica el hombre de letras americano con respecto a Europa? ¿Sus obras serían imitación europea o comenzaría el espejo americano a devolver sus reflejos al Viejo Mundo, comenzaría aquel “retorno de los galeones” según la hermosa metáfora de Max Henríquez Ureña? Retomemos el hilo de lo

argumentado anteriormente sobre la “actitud humboldtiana” y su influencia en la occidentalización, en la interpretación y expresión de América. Es bien sabido que en sólo cinco años de permanencia en tierras americanas (1799-1804), Alexander von Humboldt y su compañero Bonpland recogieron información que permitió escribir y publicar entre 1807 y 1834 unos treinta volúmenes basados en sus exploraciones. Los más importantes de estos escritos tuvieron doble y significativa influencia:

1- En Europa, permitieron re-inventar discursivamente a América para todos sus países, y no sólo como dominio exclusivo de España, ahora en condiciones de libertad política y en la particular coyuntura de la expansión capitalista europea de comienzos del siglo XIX. El discurso de Humboldt sobre América excedía los limitados patrones de la mera exploración costera, para hacer “sentir mejor las relaciones entre el mundo físico y el mundo intelectual”²¹. El naturalista alemán había logrado hacer un completo inventario “tierra adentro”, y no sólo en lo relacionado con riquezas naturales, sino también en cuanto a sociedad, política y mentalidad. Aportando, además —en la interpretación de Picón Salas— “la visión social más clara de la vida hispanoamericana en el momento en que se preparaba la guerra de Independencia...”²² Sus escritos —complementados por el resto de literatura de viajes, género popular durante todo el siglo XIX²³— eran para la imaginación europea materia prima que alimentaría su proyecto expansionista. Como por si esto fuese poco, el discurso de Humboldt se asentaba sobre bases científicas y esta era la autoridad discursiva fundamental de la Europa segunda.

En el proyecto de la ciencia descriptiva, tal como aparece a fines del siglo XVIII en Europa, se advierte claramente que su gran objetivo es “la descripción física del globo”. Luego, a través de obras de taxonomía botánica y zoológica, de constitución de atlas físicos y de anatomías comparadas, de descripciones demográficas y de bases ecológicas, ya vendrían sus resultados y aplicaciones, es decir, su utilización práctica. El continente americano se hace, entonces, tema de investigación concreta por parte de la razón segunda. Los museos, jardines botánicos y las colecciones de historia natural conservadas y exhibidas en las diferentes capitales de la Europa segunda, no son más que —según la acertada interpretación de Mary Louise Pratt— “formas simbólicas de apropiación planetaria”²⁴. La cultura generada por la razón segunda se expresa en estas formas. En ellas se contiene parte de un movimien-

to que tiende a configurar el desarrollo de Europa en tanto “proceso planetario” más que como el de una simple región del mundo. O, en los términos en que lo pone Briceño Guerrero, “[Europa] tiende a configurar en igual forma todo el espacio del planeta, a la con-versión universal” (p. 164).

2- La segunda significativa influencia echa raíces en América. Allí las élites criollas, algunas de las cuales habían colaborado estrechamente con Humboldt²⁵, hacen suyo el lenguaje y el método de la razón segunda de los que el sabio alemán era expresión pura; y en busca de su propia legitimación de hombres libres y de la autocomprensión de su nueva condición y posición en el mundo, sienten la necesidad de un proceso de re-invencción para lo cual los descubrimientos, las clasificaciones y descripciones de aquellas inagotables tierras aportaban la materia prima²⁶. Pero, si este proceso de reinvencción se hacía con los materiales aportados por la razón segunda —lenguaje, métodos, estructuras discursivas tales como inventarios, descripciones, taxonomías— el movimiento de la América independiente comenzaba ya a mostrar una órbita exclusivamente ascendente hacia la total identidad —siempre inalcanzable e inacabada— con la Europa segunda²⁷.

Quedaba por ver lo de las instituciones que servirían de vehículo a la difusión y sedimentación del discurso de la razón segunda en América. Lo cual fue previsto por el sabio alemán, acaso motivado por circunstancias más bien de tipo personal. El malestar de Humboldt años después de su regreso, dada la política reaccionaria de la Europa de entonces, no se hizo esperar. Hacia 1822 piensa seriamente su establecimiento definitivo en América. Oportunidad que aprovecharía para realizar un viejo anhelo: la creación de un instituto panamericano de investigación científica (Meyer-Abich, p. 85). En octubre de 1822 le escribiría a su hermano Guillermo al respecto: “...tengo un gran proyecto de un establecimiento central de ciencias en México, para toda la América libre. El Emperador de México, a quien yo conozco personalmente, va a caer, vendrá un gobierno republicano, y yo sigo empeñado en terminar mis días de la manera más agradable y la más útil para las ciencias en una parte del mundo donde soy extremadamente querido y donde todo me permite esperar una feliz existencia. Es una manera de no morir sin gloria, de reunir alrededor muchas personas instruidas, y de gozar de esta independencia de opiniones y de sentimientos que es tan necesaria a mi felicidad”²⁸.

Aún cuando el sueño no se realizara, Humboldt lo tenía todo dispuesto. Incluso habla del financiamiento por parte de algunos círculos financieros de Francia que quieren reorganizar las minas de plata mexicanas para lo que necesitarían el respaldo de un instituto científico como el planteado. De la misma manera se referirá a algunos “científicos distinguidos” quienes también desean abandonar Europa y con los que el instituto —“que los mexicanos desean muy vivamente” (ibid.)— podría contar. En otras regiones de América también la semilla institucional estaba sembrada. En Bogotá existía la “Expedición Botánica de Mutis” que debía servir a toda la América española (incluida Filipinas). Bolívar había enviado a Francisco Antonio Zea, su colaborador, y alumno de Mutis, hacia Europa a fin de contratar “científicos jóvenes e inteligentes”. Del lado mexicano la respuesta oficial no podía ser sino positiva. En julio de 1824, Lucas Alamán, Ministro de Relaciones Exteriores, escribió a Humboldt en estos términos: “Todo el pueblo está muy agradecido por sus trabajos, que han mostrado al mundo aquello en que el país es capaz de convertirse. El Supremo Gobierno se adhiere cordialmente a estos sentimientos generales y me ha encargado...expresarle su satisfacción al saber que tiene la intención de regresar a nuestro país” (Meyer-Abich, p. 85). La respuesta de Humboldt a la receptividad americana le causó honda satisfacción: “No pierdo la esperanza de volver a ver ... esas majestuosas cordilleras del Anáhuac, de estudiar otra vez sus productos naturales...”²⁹ Si bien en lo inmediato el proyecto no cristalizó, podría suponerse que el Instituto Panamericano de Historia y Geografía de México, creado posteriormente, sería la mejor realización moderna de los planes de Humboldt. Su influencia es notoria, su programa de trabajo se diseñó con raíz genuinamente humboldtiana, además de haberse conseguido logros fundamentales en la línea de investigación abierta por el sabio alemán.

Humboldt y Bello: El acto poético de la ciencia

Para los intelectuales criollos independentistas, los escritos de Humboldt facilitaron su búsqueda de descolonizar la cultura americana sin perder sus vínculos con los valores de la razón segunda. El caso de Andrés Bello es particularmente interesante. Consumada la independencia política, el deseo de independencia intelectual se hace explícito por vez primera en sus escritos. En su calidad de hombre de letras criollo para quien el destino cultural de América le incumbía más que el de sus propios límites geográficos natales, Bello destaca en la complicada búsqueda de abrir nuevos caminos a “la civilización americana”.

La fuente de la complicación es doble: por un lado, sus propias bases culturales —al igual que el resto de hombres de letras del continente— están comprometidas y han sido forjadas con estrictos materiales europeos-urbanos, en contraposición a los “barbarismos” indígenas o al provincialismo rural. Pero, por otra parte, siente y percibe la necesidad de una auto-afirmación y auto-consciencia americana como forma de descolonizar la cultura de esas tierras y diferenciarse de Europa. A través de esta alteridad lograría América ser nueva y otra. Era necesario, entonces, abandonar ciertos paradigmas europeos; era necesario demarcar nuevos territorios culturales para América, forjar nuevos puntos de partida para configurar un futuro que recién comenzaba y que remodelaría —sobre las bases de la herencia hispánica— la civilización de aquellos territorios: “*Salve, fecunda zona*”, es la metáfora que inicia su segunda famosa Silva.

Pero, hay más. El verdadero programa americanista de Bello está contenido en la primera Silva Americana³⁰, y allí es posible vislumbrar la influencia humboldtiana. Comienza con una fresca invocación a la musa (“*Divina poesía*”), donde en delicado juego de vocales se van dibujando lejanas imágenes pastoriles, para pasar luego a su gran reclamo: requiere a la Divina Poesía (“*maestra de los pueblos y de los reyes*”) que abandone la vieja Europa y torne sus alas hacia el nuevo amanecer americano:

“Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena”.

El resto del poema se desarrolla a través de un fino canto a las bondades de la naturaleza, las tierras y gentes americanas, en contraste con “*esta región de luz y de miseria*” que es la “*culta Europa*”: “*En donde tu ambiciosa, / Rival filosofa, / Que la virtud a cálculo somete, / De los mortales te ha usurpado el culto*”. En donde la libertad se convirtió en “*vano delirio*” y “*la corrupción cultura se apellida*”. Si en el Viejo Mundo la filosofía había usurpado la atención de los humanos hacia la eterna e imperecedera musa, en el Nuevo Mundo mientras tanto “*la libertad*” sonaba “*más dulce que el imperio*”. Bello piensa que se había prestado demasiada atención a Europa, era el momento de honrar a aquellas “*jóvenes naciones, que ceñida / Alzais sobre el atónito occidente / De tempranos laureles la cabeza*”; a aquellas tierras que eran de “*La libertad morada*”; a aquellos hombres que “*Postrar supieron al León de España*”. Y a estos mismos hombres se les invitaba a concebir una vida frugal y simple

asentada sobre actividades agrícolas: *"Honrad el campo, honrad la simple vida/ Del labrador, y su frugal llaneza"*.

En la interpretación de Mary Louise Pratt (p. 49), esta "Alocución" de Bello forma parte de un diálogo transatlántico iniciado por Humboldt y continuado por otros a lo largo de la época de Independencia. En este diálogo varias voces, tanto europeas como americanas, se reúnan para dar forma y rostro a algo que ella misma llama: "la reinención de América". Pratt deriva este término de la constante alusión que se encuentra en las Silvas de Bello a Cristóbal Colón. Este sería el principal rapsoda de América cuando invocó a Europa su llegada a nuevas tierras. Por supuesto, además de la directa alusión que Bello hace del navegante genovés: *"El mundo de Colón [abre] su grande escena"*. Lo cierto es que para los intelectuales criollos el momento es de gran importancia, pues genera condiciones que permiten tomar distancia de los códigos europeos y al mismo tiempo permiten defender y desarrollar la causa propia de la civilización americana. Bello destaca entre ellos, sin duda alguna. El es fundamentalmente un hombre de letras y un humanista quien siempre se inspiró en las fuentes que Europa ofrecía desde su época clásica, en busca de alternativas para América. El toque de aroma del suelo nativo y las pacíficas sombras imperiales de la Europa Clásica, con guías como Virgilio y Horacio, se mezclan en Bello con el novedoso lenguaje de la razón segunda, tal como aparece en los escritores naturalistas de fines del siglo XVIII, en su literatura sobre temas científicos. La temática de la naturaleza y su taxonomía, tal como practicada por Humboldt, es enriquecida en Bello con una misión moral y cívica; o, para ponerlo en una sola palabra, con una misión: civilizadora. Bello evoca el lenguaje de la razón segunda para traerlo al fértil suelo americano. Sobre todo en sus detalladas descripciones de las riquezas naturales de las tierras tropicales. Aquella parte del mundo *"que al sol enamorado circunscribe el vago curso"* (*"La Agricultura de la Zona Tórrida"*). Pero, a veces también evoca a Humboldt sólo para dejarle de lado, y esbozar un futuro próspero a las jóvenes naciones.

En relación a este futuro hay, al menos, un punto bien interesante de explorar, por lo significativo del mismo en las proposiciones de Bello. En esta segunda Silva (*"La Agricultura..."*), al evocar *"el retorno a la naturaleza"*, la invitación no es a llevar una vida contemplativa y bucólica sino a desarrollar sus actividades vitales; es decir, la agricultura. Se exalta la naturaleza por lo que puede derivarse de sus atributos prácticos para las jóvenes naciones. El mismo título del poema sugiere esto. Y con tal

llamado se está esbozando en discurso poético todo un programa de engrandecimiento material americano, donde resaltan dos rasgos: 1- La vuelta a la agricultura sería el camino para alcanzar el progreso americano, aquel inmutable ideal del siglo XIX legado por la filosofía de la Ilustración. Las metáforas empleadas por Bello evocando tal fin son bastantes didácticas. En su *Silva a la Agricultura...* luego de dedicar doscientas y una líneas a elaborar la rapsodia de la naturaleza americana y del desarrollo cultural de sus hombres, el poema desvía súbitamente su mirada de la celebración a la exhortación: “...*hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas/ heridas de la guerra; el fértil suelo, /áspero ahora y bravo, /al desacostumbrado yugo torne...*” O, véase esta otra metáfora que habla: “*Del obstruido estanque y del molino/ recuerden ya las aguas el camino; / el intrincado bosque el hacha rompa...*”

2- El segundo rasgo se refiere a lo siguiente. Contraria a la visión mercantil e industrial que gobernaba el pensamiento europeo, la perspectiva de Bello es más bien pre-industrial y pastoril. Y esto no es producto de pura nostalgia. Si su posición americanista contiene un intento descolonizador —en el sentido en que lo hemos formulado anteriormente— su programa de progreso material sería alternativo al europeo. Actividades como la industria o la minería constituían el gran aliado para el capital extranjero (y esto lo sabía muy bien Bello, situado desde el privilegiado observatorio que le brindaba la Inglaterra de comienzos del siglo XIX) así como el *locus* de nuevos designios coloniales: “*¡Oh jóvenes naciones.../ Honrad el campo, honrad la simple vida/ Del labrador...*” Por supuesto, algo que quizás no sabía Bello es que a través de la agricultura también se desprendían designios colonialistas. Más tarde, para Europa servirse de América le asignaría la misión a sus élites económicas de ser fuente exclusiva de materias primas agrícolas para su industria y mercado para sus productos elaborados. Y así se justificaría la expansión capitalista y mercantilista de Europa en la América independiente. También, económicamente hablando, aquella estaría presente en forma dominante durante toda la historia de ésta.

Otro ejemplo de la influencia de Humboldt sobre Bello es posible hallarla en los “*Prospectos*” iniciadores de sus dos grandes empresas periodísticas cuyos nombres son programa —*La Biblioteca Americana (1823)* y *el Repertorio Americano (1826-27)*— fundadoras y difusoras de las nuevas tareas del asentamiento y progreso de la civilización americana. Ambos son bien reveladores de cuanto hemos argumentado. En cuanto a la primera, editada por una “Sociedad de Americanos” en Londres

(1823), la influencia se hace notable en la sección denominada “Ciencias matemáticas y físicas, con sus aplicaciones”, donde se reproducen descripciones de la naturaleza americana hechas por Humboldt y Bonpland, y donde se observa un mismo patrón taxonómico. Antes de las jornadas de Junín y Ayacucho, inconclusa todavía la independencia política, el objetivo principal de *La Biblioteca...* era contribuir a abrir la mirada de América hacia el mundo. Ampliando su horizonte podría entonces dedicarse “a labrar la rica mina de los productos del pensamiento humano”. La política española tuvo cerrada las puertas del continente durante tres siglos. Ahora que sonaban los ecos de la libertad e independencia, y que la paz asomaba su rostro: “parece haber llegado la época de que suceda al vergonzoso sueño de la inacción el empleo activo de las facultades mentales y de que las ingeniosas artes y las ciencias sublimes concurren a reparar tantas ruinas y desgracias”³¹. Para combatir esta inacción y superar la “ignorancia” (“causa de toda esclavitud y fuente perenne de degradación y miseria”), el contenido de la *Biblioteca Americana* abarcaría todo aquello relacionado con: “Humanidades y artes liberales”, “Ciencias matemáticas y físicas con sus aplicaciones” e “Ideología, moral e historia” (p. vi). Al desarrollar estos temas se le daría “lugar distinguido a cuanto tenga relación con la América y especialmente a su historia”.

La razón de un programa semejante no podría ser sino americana en todo cuanto fuese de “interés primario y general” para el continente. Sin detenerse en ningún particularismo, ni mostrar predilección a favor de ningún “estado o pueblo”, el objetivo general se resumía en:

“Examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes y las ciencias, y de completar su civilización” (p. vii)

La declaración de independencia intelectual allí contenido no consistía en descubrir nada que Europa no supiese, tampoco en cortar el cordón umbilical que unía a ambos continentes. Se trataba más bien de incorporar a América la cultura de la razón segunda mediante un proceso de selección y adaptación. Ambos elementos están presentes en *el Prospecto* examinado. Ya en las *Silvas de Bello* aparecía claramente bajo la forma de un canto poético la transformación de materiales europeos en una visión descolonizadora, que en muchos aspectos impugnaba las posiciones dominantes de Europa. En el programa de la *Biblioteca Americana*, por su parte, el contenido de los procesos de selección y adaptación adquirirían rasgos más políticos, en el sentido de or-

ganización y dirección de lo inventariado para su adaptación útil: dar a conocer los inventos útiles “para que adopte establecimientos nuevos”, perfeccionamiento de la industria, el comercio y la navegación, apertura de nuevos canales de comunicación. De manera que tomando los elementos efectivos de las artes y las ciencias (cuyo origen era, bien entendido, europeo por excelencia) se lograría “completar la civilización americana”.

Por su parte, el *Repertorio Americano*, dedicado, al igual que la *Biblioteca...*, “al pueblo americano”, fue un intento, siguiendo la tendencia examinada, de contribuir con conocimiento y visión a la tarea de fundación de los nuevos estados en América una vez lograda la independencia. La publicación prometía ser desde su comienzo “más rigurosamente americana”; además buscaba defender “con el interés de causa propia la de la independencia y libertad”³². Al igual que el esfuerzo editorial anterior, la temática sería amplia: “para despertar la atención de los americanos”. El lugar preferente lo ocuparía: “su geografía, población, historia, agricultura, comercio y leyes; extractando lo mejor que en estos ramos diesen a luz los escritores nacionales y extranjeros...” (idem). Sin embargo, se introducían algunas variantes. La sección de “ciencias naturales y físicas” se reduciría de manera de limitarla “a puntos de una aplicación más directa e inmediata a la América” (p. 3). Las secciones de “Humanidades y ciencias intelectuales y morales” incluirían lo necesariamente americano, descartando “todo aquello que no nos parezca estar en proporción con el estado actual de la cultura americana” (idem).

Otros encuentros humboldtianos

Los encuentros de Humboldt con representantes de los distintos círculos intelectuales americanos fueron parte de su agenda americanista³³. Pero lo interesante es que sus contactos, por lo general, se realizaron con personalidades altamente influyentes sobre la sociedad de su tiempo: Bolívar, Bello, Sarmiento, Vicuña Mackenna. De allí, pues, la importancia sobre las preocupaciones americanas de su tiempo, más allá de la clasificación y observación de su cuerpo físico y geográfico. Inventarios y taxonomías se moverían en una doble dirección: articulando a América a la cultura occidental de la razón segunda y creando lugares propicios para valorar la gran utopía americana. La aventura de Humboldt ideada inicialmente “con el designio de contribuir al progreso de la ciencias físicas”, se convirtió en más que

eso. Es una relación histórica (llegó a definirse “historiador de las colonias, historiador imparcial de los países que he recorrido”³⁴), donde, con gran destreza, se va plasmando el lenguaje de la modernidad en la crónica de sucesos, el ensayo político, la descripción y medición de la naturaleza, el relato de la vida cotidiana, de sus maneras y costumbres, los inventarios naturales, las escenas de aquella naturaleza imponente. De allí que en su estilo se mezclen “los trozos puramente descriptivos” con “la parte dramática de la narración”. Obra celebrada por el chileno discípulo de Bello, Vicuña Mackenna, quien visitó a Humboldt en Berlín en 1855, de la siguiente manera:

“...para nosotros los Americanos del Sud Humboldt tuvo timbres de admiración singular... Sus obras... fueron, podemos creerlo, la cuna en que el genio de aquel grande hombre nos exhibió a la Europa como un niño bellísimo de magníficas esperanzas, que sólo necesitaba ser estudiado para ser conocido y ser conocido para ser admirado”.³⁵

Al igual que Bello, quien se inspiró en la obra de su amigo de juventud, para organizar los estudios científicos aplicados a la realidad americana en la Universidad de Chile, otro estadista del nuevo Mundo, el argentino Domingo Faustino Sarmiento, también se entrevistó con Humboldt, durante su viaje por Europa entre 1845 y 1847. Y desde aquel momento se convirtió en “propagandista y admirador” de su obra. Además, “de acuerdo con la extraordinaria importancia que le confiere, hará Sarmiento permanentes esfuerzos para dar a conocer la obra del científico alemán”.³⁶

La proyección de Humboldt, hasta en aquellas regiones que no visitó, sería imperecedera. La admiración de las élites republicanas de aquella América convulsa se afirmaría en la medida en que les correspondía tomar el control de sus sociedades. El proyecto político e ideológico de estas élites se sintetizaba en fundar repúblicas independientes política y culturalmente, pero reteniendo los valores europeos y la supremacía blanca. En un importante sentido, América permanecería como “el mundo de Colón”, así lo había propuesto Bello en su “Alocución a la poesía”. América, además, permanecería como extensión de Europa; y por tanto lo formador, lo activo, lo fecundo y lo directivo continuaría siendo lo europeo. Pero el mismo tiempo, al surgir en América una entidad social nueva, ocurriría también aquella “transformación de Europa en América” (Briceño Guerrero). Volvemos, entonces, a la formulación paradójica de páginas atrás. En su condición independiente: América es nueva y otra, pero no puede ser nueva y otra

porque surge cuando ya Europa era en plenitud. Sus diferencias se constituirían, también sus especificidades, pero sus vectores siempre serían los europeos. Asimilarlos y transformarlos era un problema de disponibilidad, pero también de madurez, de tiempo, de duración. Asimilarlos y transformarlos significaba transformar a Europa en América. Y esto era cuestión de trabajar “el ansia de perfección” de que hablara Henríquez Ureña. De manera de bajar hasta la raíz de las cosas que se quieren decir, o alcanzar la expresión firme de lo intuido, de lo asimilado, sólo así se haría visible “la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido” (ibid, p. 49). La influencia de Humboldt en esta materia fue determinante por su aporte y por ser síntesis y símbolo de la propia condición americana.

Notas

- ¹ Marco Polo (1254-1324) nació en el seno de una noble familia veneciana dedicada al comercio. Luego de que su padre y su tío organizaron una expedición a la China, fueron comisionados por el *Gran Kublai Khan* (príncipe mongol) para solicitar en su nombre al Papa el envío de 100 europeos sobresalientes en las ciencias y las artes; misión que fue infructífera en 1269. Dos años más tarde, en 1271, los Polo regresaron de nuevo al Asia, a la corte de *Kublai Khan*, en esta oportunidad les acompañaba el joven Marco, quien contaba con 17 años. El *Gran Khan* mostró mucho interés en él y le comisionó para realizar diversas misiones en el norte y sur de China. En base a esa experiencia Marco Polo hizo el recuento de sus viajes por el Asia, titulados *Divisament dou Monde* (circa 1299). Ver Komroff, M., (Introducción), *Los viajes de Marco Polo*, Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1947 (traducc. del inglés por Luis Fabricant).
- ² Neruda, P., *Canto General*, Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1985 (1950), p. 7.
- ³ Ver “Europa y América en el pensar mantuano”, 1979, en *El Laberinto de los tres Minotauros*, Caracas: Monte Avila Editores, 1994, pp. 7-10 y 83-107.
- ⁴ Ver N. Canny y A. Pagden (eds.), *Colonial Identity in the Atlantic World, 1500-1800*, Princeton: Princeton University Press, 1987. En el mismo sentido, en su erudito y monumental trabajo, el historiador británico David Brading se propuso demostrar cómo a lo largo de los tres siglos coloniales los Españoles Americanos logran crear una tradición intelectual que permitió articular los distintos elementos de una identidad americana, *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State 1492-1867*, Cambridge: C.U.P., 1991, pp. 5-6.
- ⁵ Esta publicación de la última década del siglo XVIII (el tomo I está fechado en 1790) fue el órgano de expresión de un importante movimiento, más filosófico que literario, donde ya aparecían los primeros intentos de una renovación intelectual pre-independentista. La llamada “generación del Mercurio” hacía eco de las ideas de Voltaire y la Enciclopedia. Ver José de la Riva-Agüero, *Estudios de literatura peruana. Carácter de la literatura del Perú independiente*, 1905, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962, pp. 77-78.
- ⁶ Ver texto en E. Anderson Imbert y E. Florit (eds.), *Literatura hispanoamericana. Antología e introducción histórica*, New York, 1960, pp. 183-84.

- ⁷ *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, México: F.C.E., 1944, pp. 192-193.
- ⁸ Según Anderson Imbert y Florit, el personaje sería el español Don Alonso Carriño quien en tanto funcionario del Estado decidió publicar su sátira mestiza poniéndose a resguardo con el mencionado alias, Anderson Imbert, E., *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. I, "La colonia, cien años de República", México: F.C.E., 4ª edición, 1964 (1954), pp. 160-161.
- ⁹ J.L. Romero (pról.) y L.A. Romero (comp., notas y cronol.), *El pensamiento político de la Emancipación (1790-1825)*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, tomo II, p. 50.
- ¹⁰ Por la misma época otro letrado, el venezolano Miguel José Sanz, enjuicia la educación colonial. En su discurso al inaugurar el Colegio de Abogados de Caracas y en su conocido informe sobre "Instrucción Pública", exige que se incorpore a la educación ese mundo empírico de los hechos y de las cosas bajo la influencia de "los recientes métodos científicos y del historicismo" de aquellos días, Picón-Salas, op. cit.
- ¹¹ "Por una visión cultural no occidentalizada de América Latina", (1982), incluido en G. Carrera Damas, *El Dominador Cautivo. Ensayos sobre la configuración cultural del criollo venezolano*, Caracas: Grijalbo, 1988, p. 148; vease una discusión al respecto en F. Ainsa, *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Madrid: Gredos, 1986, p. 47.
- ¹² G. Arciniegas, *América en Europa*, Bogotá: Círculo de Lectores, 1975, p. 101.
- ¹³ Carta a Freiesleben, La Coruña, 4 junio 1799, *Cartas Americanas*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989 (1980), p. 8. En adelante citadas como CA.
- ¹⁴ "La cultura en Caracas", *Alejandro de Humboldt por tierras de Venezuela*, presentación y selección Pedro Grasses, prólogo Eduardo Röhl, Caracas: Editorial Arte, 1983, p. 137.
- ¹⁵ El venezolano Aristides Rojas se refiere a Humboldt de la siguiente manera: "...será inmortal por haber tomado a la paleta de la naturaleza sus colores para pintar el paisaje de Dios, por haber pedido al cielo su luz para crear la ciencia del Cosmos", *Humboldtianas*, Caracas: Editorial Cecilio Acosta, 1942, p. 35.
- ¹⁶ A. Meyer-Abich, *Alejandro de Humboldt, 1769-1806*, Bad Godesberg: Inter Nationes, 1969, p. 141. Corpancho (1830-1863), dramaturgo y poeta formó parte del romanticismo peruano.
- ¹⁷ Luis A. Sánchez, *Nueva historia de la literatura americana*, Buenos Aires: Amérialce, 1944, p. 98.
- ¹⁸ *De la Conquista a la...*, p. 208.
- ¹⁹ "La cultura en...", op. cit., p. 137.
- ²⁰ "El porvenir de América", *ibid.*, p. 296.
- ²¹ *Viajes a las regiones equinocciales del nuevo continente*, Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1956, vol. I, p. 22.
- ²² "Tiempo de Humboldt", en *Obras Selectas*, Madrid-Caracas: Edime, 1953, p. 847.
- ²³ Vease la extensa bibliografía contenida sólo para el caso de los viajeros ingleses en Argentina, en S. Trifilo, "A Bibliography of British travel Books on Argentina, 1810-1860", *The Americas*, XVI, julio 1959-abril 1960, pp. 133-143. Para el caso de Venezuela ver *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas: Fundación Polar, 1988.
- ²⁴ "Humboldt y la reinención de América", *Nuevo Texto Crítico*, I, 1, enero-junio, 1988, p. 39.
- ²⁵ En 1804, Bolívar conoce a Humboldt en París. En 1805, ambos, junto al físico francés Gay-Lussac, ascienden al Vesubio en Italia. La impresión que el naturalista

- alemán dejó en Bolívar fue imperecedera. En su "Delirio sobre el Chimborazo" (1823), refiere: "Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt, seguías audaz, nada me detuvo..." El mismo año haciendo alusión, en carta a Gaspar Rodríguez Francia (22.10.1823), tanto a Humboldt como a Bonpland señalaba: "cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos los conquistadores". Ver ambos documentos, en G. Carrera Damas (comp.), *Bolívar fundamental*, II, Caracas: Monte Avila, 1993, pp. 106 y 255. Por su parte, Andrés Bello no sólo frecuentó al viajero alemán sino que también le acompañó, en sus días de estudiante caraqueño, en algunas de sus expediciones locales, inspirándose en su proyecto.
- ²⁶ Con bastante frecuencia se alude a Humboldt como el "redescubridor" y "reinventor" de América. Véase, C. Stoetzer, "Humboldt, redescubridor del Nuevo Mundo", *The Americas*, XI, 6, 1959; y, además del artículo de M.L. Pratt cit., ver su importante obra *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Routledge, 1992, especialmente pp. 111-197.
- ²⁷ Una interesante apología de la obra de Humboldt en América, compuesta dentro del contexto señalado, puede leerse en Picón Salas. El agudo intelectual sitúa su escrito no sólo dentro del aporte al inventario geográfico sino que también considera sus aspectos de historia social. El método científico de la razón segunda, tal como fue practicado por el barón alemán, aclaraba su "mundo histórico que el hispano-americano de entonces miraba como algo providencial y azaroso", en "Tiempo de Humboldt", *ibid.*, p. 852.
- ²⁸ "De A. de Humboldt a G. de Humboldt", Verona, 17.10.1822, en *CA*, op. cit., p. 177.
- ²⁹ "De A. de Humboldt a Lucas Alamán", París, 6.11.1824, *CA*, p. 180.
- ³⁰ En la primera entrega del "Repertorio Americano" (Londres, 1826), Bello anuncia la gestación de un poema —nunca acabado— que pensaba titular *América*. De éste formaba parte su "Alocución a la poesía", publicada en la "Biblioteca Americana" (Londres, 1823), y "La Agricultura de la Zona Tórrida" (1826), publicados ambos bajo el rubro general de "Silvas Americanas". Ver el vol. II de las *Obras Completas* de Andrés Bello, Caracas, 1962, donde aparecen los textos completos de sus "Borradores de Poesía".
- ³¹ "Prospecto", *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*, por Una Sociedad de Americanos, Londres, 1823, tomo I, p. V, edición facsimilar, de la Presidencia de la República, Caracas, 1972, ofrecimiento de Rafael Caldera; índices por Pedro Grases.
- ³² "Prospecto", *El Repertorio Americano*, tomo I, Londres, octubre 1826, p. 1, edición facsimilar, Presidencia de la República, Caracas, 1973, pról. e índices de Pedro Grases.
- ³³ E. Nuñez, "Amigos y discípulos sudamericanos de Alexander von Humboldt", *Revista HUMBOLDT*, Bonn:Inter-Naciones, 1988, pp: 26-32.
- ³⁴ *Viaje a las regiones...*, tomo IV, p. 48 y V, p. 197; M.E. Gozález Deluca, "Humboldt y la nación americana en cierne", en J.A. Rodríguez (comp.), *Alemanes en las regiones equinocciales*, Caracas: Alfadil, 1999, p. 59.
- ³⁵ Cit. en C. Sanhueza, "Alexander von Humboldt y Benjamín Vicuña Mackenna. Cercanías desde la distancia", *ibid.*, p. 129.
- ³⁶ Arturo A. Roig, *Páginas mendocinas*, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1997, pp. 114-115., cit. en *ibid.*, p. 130.